

Conversión de Alexis Carrel a raíz de un milagro en Lourdes

Alexis Carrel fue un prestigioso biólogo, investigador científico y escritor francés. Nació en Lyon en 1873, de una rica familia de comerciantes, y falleció en París en 1944, a los 71 años de edad. Por sus contribuciones a las ciencias médicas fue galardonado en 1912 con el premio Nobel de Medicina, en reconocimiento a su trabajo acerca de sutura cardiovascular y trasplante de vasos sanguíneos y de órganos.

Educado en la fe católica, había perdido sus convicciones religiosas en sus años de estudio en la Facultad de Medicina, abrazando la filosofía materialista y positivista reinante en los ambientes científicos de la época. Sin embargo, mantuvo siempre una profunda nostalgia de las certezas de su infancia, por la ansiedad que le causaban sus nuevas creencias positivistas, incapaces de dar una respuesta convincente al planteo sobre el sentido de la vida y de la muerte.

1º Interés del doctor Carrel por los milagros de Lourdes.

Quince años antes del nacimiento de Alexis Carrel, el 11 de febrero de 1858, una adolescente muy pobre, Bernadette Soubirous, manifestaba recibir visiones de la Virgen, que se daba a conocer como la Inmaculada Concepción, en la pequeña gruta de Massabielle, en las afueras de Lourdes. A causa de los milagros que allí empezaron a suceder, Lourdes se convirtió en tema común de discusión en los círculos médicos franceses. Había quienes creían, y había quienes se mostraban profundamente escépticos.

Carrel estaba entre estos últimos: en su positivismo, estaba convencido de que los de Lourdes eran sólo falsos «milagros», frutos de la autosugestión; pero, interesado en el asunto, le habría gustado ir a verificarlo por sí mismo. En mayo de 1902 se le presentó la oportunidad: el médico que solía acompañar a las peregrinaciones de enfermos a Lourdes, un colega y excompañero suyo de clase, tuvo que desistir a última hora por un contratiempo, y le pidió a él que ocupara su puesto. Carrel aceptó, pero viajando de incógnito. Se instaló así en el compartimento del vagón marcado «Administración», y se puso a trabajar en la clasificación de las observaciones que, antes de iniciarse la peregrinación, había podido hacer sobre los enfermos que iban en el mismo tren, para estar en condiciones de comprobar la autenticidad de las eventuales curaciones en Lourdes.

En su compartimento había una joven enferma, María Bailly, cuyo estado era de extrema gravedad: tenía el vientre hinchado, la piel traslúcida, las costillas que le sobresalían, una bolsa de líquido en la región umbilical, fiebre alta, hinchazón de las piernas, el corazón acelerado. Se trataba de un caso de peritonitis tuberculosa, que producía a la paciente dolores terribles.

Atendiendo a la enferma, Carrel supo que los padres de la muchacha, y cuatro de sus hermanos, habían muerto de tuberculosis; María había estado enferma durante toda su vida; a los 17 años había padecido una tos seca y esputado sangre; a los 18 había sufrido una pleuresía y le habían extraído fluido del pulmón izquierdo; y desde hacía 8 meses, cuando fue internada en el hospital, el abdomen había empezado a hincharse, la fiebre a serle permanente, y el médico le había diagnosticado también peritonitis tuberculosa. Pocos días antes de la peregrinación se había pensado en operarla, pero el cirujano jefe juzgó que el estado de la joven era demasiado delicado, y se resolvió a avisar a la familia que el caso era desesperado. Con todo, alimentando la esperanza de recuperarse, o al menos de morir en paz, María había pedido hacer el viaje a Lourdes con tal decisión que, al fin, hubo que avenirse a ello.

2º Escepticismo del doctor Carrel.

Al llegar a Lourdes, Carrel encontró, entre los camilleros de los enfermos, a un antiguo condiscípulo suyo, el doctor Antonin Duval, católico practicante, y le preguntó:

- *¿Sabes si esta mañana algún paciente se ha curado en las piscinas?*
- *No* –contestó Duval–; *pero en la gruta presencié un milagro: el de una monja anciana que hace unos dos meses contrajo una enfermedad incurable en un pie a consecuencia de una torcedura. Quedó curada y arrojó las muletas.*
- *¿Curada?* –replicó Carrel–. *Es sólo un caso interesante de autogestión. Resulta que ella es uno de los pacientes a quienes me tocó examinar. El pie de la torsión estaba perfectamente sano, pero la buena Hermana había llegado a persuadirse de que nunca volvería a andar normalmente. Se había vuelto neurasténica. Vino a Lourdes y quedó curada. ¿Hay algo más natural?*
- *¿Y con qué curación te convencerías tú de la existencia de los milagros?*
- *Tendría que ver curada una enfermedad orgánica: la reproducción de una pierna después de amputada; la desaparición de un cáncer; una dislocación congénita desaparecida súbitamente... Mira, hay una chica, María Bailly, a la que he tenido que atender muchas veces durante el viaje y cuya vida peligra; tiene una peritonitis tuberculosa y su estado es crítico; temo que se me muera en los brazos. Si se curara un caso como el suyo, sería indudablemente un milagro; yo no volvería a dudar jamás, y me haría monje... Ven conmigo a verla.*

3º La curación inesperada y milagrosa de María Bailly.

En la sala de la Inmaculada, reservada a los enfermos más graves, habían puesto a María esperando poder introducirla en las piscinas. El doctor Carrel se

acercó a su camilla, la examinó y vio que su corazón no podía más. Le puso una inyección de cafeína y dijo a los médicos presentes: «*Es una peritonitis pulmonar en el último estadio. Ella es hija de padres muertos de tuberculosis cuando eran jóvenes, y ha sido tísica desde los 15 años. Puede vivir todavía algún día, pero se acerca su fin*». Otro médico del lugar, el doctor Journet, confirmó el diagnóstico y las pocas esperanzas de vida.

En un momento de estar consciente, María pidió que la metieran en las piscinas contiguas a la gruta; mas los médicos, considerando que podía serle perjudicial dado su estado, no permitieron la inmersión. María pidió entonces que al menos derramaran sobre su abdomen un poco de agua de las piscinas. Esto le causó un dolor punzante en todo el cuerpo, pero ella no se arredró y pidió que le siguieran vertiendo agua. En el segundo intento el dolor disminuyó considerablemente, y a la tercera vez pudo sentir una sensación de alivio. Eran las 14,30. Acto seguido, la llevaron a la gruta de Massabielle, teniendo ella un aspecto cadavérico.

De pronto, le pareció a Carrel que el rostro de la enferma estaba más normal, menos lívido. Creyendo en una alucinación, siguió observándola. La examinó, y comprobó que el pulso, haciéndose de nuevo perceptible, se normalizaba, la respiración se hacía más regular, y su rostro, de palidez extrema, empezaba a recobrar el color. Pero entonces sucedió lo más sorprendente: Alexis Carrel observó cómo el cobertor que la cubría se deshinchaba en la parte del abdomen. En media hora el hipertrofiado bulto de su abdomen había desaparecido. El doctor Carrel no podía creerlo.

Se acercó a ella, examinó de nuevo la respiración, y comprobó que el corazón latía ya sin aceleración. Le preguntó: «*¿Qué tal se siente?*», a lo que ella contestó: «*Muy bien, con pocas fuerzas, pero creo que estoy curada*». Minutos más tarde, la enferma se incorporaba en la camilla y miraba con atención lo que sucedía a su alrededor. Carrel no podía hablar ni pensar. El hecho que estaba ocurriendo era contrario a cualquier previsión. Se levantó, cruzó las filas de los peregrinos que rezaban y se fue. Eran casi las 16. Lo inesperado, el milagro, había ocurrido.

Llegada la noche, Alexis Carrel se acercó a la Basílica, se sentó en un banco en la parte posterior del templo, y permaneció por largo tiempo inmóvil con las manos en la cara. Luego, sin darse cuenta, empezó a rezar...

«Señor, creo en Ti. Respondiste a mi súplica con un milagro resplandeciente. Aún estoy ciego frente a él, todavía dudo. Pero el gran deseo de mi vida es creer, creer apasionadamente... Bajo la honda prevención de mi orgullo intelectual, persiste un oculto anhelo. ¡Ay! Todavía no es más que un sueño, pero el más encantador de todos. Es el sueño de creer en Ti y el de amarte con el espíritu resplandeciente de los hombres de Dios».

María Bailly, curada, fue llevada al hospital dirigido por el doctor Boissaire, un científico que defendía la veracidad de Lourdes. Carrel la visitó varias veces esa tarde con otros médicos y comprobó que la curación era completa. Con rapidez su cuerpo recuperó las funciones normales, y a los dos días caminaba con naturalidad. Durante cuatro meses más, el doctor Carrel mantuvo su control mé-

dico sobre ella, examinándola cada semana en busca de síntomas tuberculosos, que nunca más aparecieron.

A fines de ese mismo año María ingresaba en un convento de las Hermanas de la Caridad en París, donde vivió hasta su fallecimiento en 1937, a los 58 años de edad, y 35 años después de su prodigiosa curación en Lourdes.

4º Conversión del doctor Alexis Carrel.

El médico positivista no se hizo monje, sino que siguió dedicando toda su vida a la ciencia. Pero una pregunta asaltaba su mente: ¿Cómo explicar esa curación en Lourdes? Carrel no pudo entonces, o no quiso, hacer pública su conversión. La mayoría de los médicos se mostraban tan celosos de su prestigio, que aun cuando hubieran venido a Lourdes y visto lo que allí sucede, no se hubieran atrevido a admitirlo, por temor a que se los tuviera por fanáticos o tontos. Pero Carrel determinó seguir adelante costara lo que costara. En un artículo expuso los acontecimientos de que había sido testigo en Lourdes, inexplicables desde un punto de vista científico.

Esto le valió el rechazo de muchos de sus compañeros de profesión, y la Facultad de Medicina de Lyon le cerró las puertas. Por eso, tras retirarse cuatro años a París, decidió emigrar a Canadá y a Estados Unidos, donde colaboró con la Universidad de Chicago y el *Rockefeller Institute*, y se convirtió en uno de los profesionales más prestigiosos del mundo. En 1912 recibía el Premio Nobel de medicina por el descubrimiento de un específico punto de sutura que permitió el trasplante de vasos sanguíneos y órganos.

Durante los cuarenta y dos años que, desde aquel suceso en Lourdes, transcurrirían hasta su muerte, Carrel se entrevistó con muchos sacerdotes y se reunió con teólogos, muchos de los cuales lo buscaban con la esperanza de que les brindara una confirmación científica de los milagros. En 1938, Carrel contrajo una gran amistad con el rector del Seminario Mayor Saint-Yves, de Rennes. El rector le sugirió que fuese a ver a un monje trapense, el Padre Alexis Presse, que se había dedicado a restaurar y reabrir abadías en ruinas en toda Francia. Carrel decidió ir a verle con su esposa, a raíz de lo cual acabó manteniendo con él una cordial relación.

En 1944, a fines de la Segunda Guerra Mundial, los liberadores de Francia acusaron a Carrel de colaboracionista. Para entonces Carrel se hallaba ya enfermo de una grave insuficiencia cardíaca, colocándose al borde de la muerte en los primeros días de noviembre de 1944, en París. Enseguida se hizo llamar al Padre Alexis Presse, quien llegó justo a tiempo para visitar al enfermo y administrarle, a pedido suyo, los últimos Sacramentos (confesión, comunión y extremaunción). Alexis Carrel moría así el 5 de noviembre de 1944, no sin la dicha de haber recuperado, gracias a la dulce Virgen de Lourdes, la inocente fe de su infancia.